

La feminidad en Roberto Bolaño: entre la ex-centricidad y la erótica de la transgresión. Una revisión a Clara y Vida de Anne Moore¹

Alejandro Alzate Méndez

Doctor en Literatura por la Universidad de Navarra
Universidad Católica Lumen Gentium, Cali, Colombia
<https://orcid.org/0000-0002-0832-0223>
aalzatem@gmail.com

Resumen

El presente artículo se propone indagar cómo se representa el concepto de feminidad en la narrativa breve de Roberto Bolaño. Para tal fin, se analizarán Clara y Vida de Anne Moore, relatos que integran el libro Llamadas telefónicas, publicado por Anagrama en 1997. Considerar que la narrativa en tanto hecho estético es también un hecho social, que tiene tanto unas condiciones de producción, como de asimilación e interpretación, nos lleva a fundamentar teóricamente el presente texto a partir del concepto de erótica de la transgresión, planteado por George Bataille. Mediante éste se analizará el posicionamiento que, ante un patriarcado arraigado en la cultura, ha tenido un segmento cada vez mayor de mujeres que han configurado nuevas percepciones de la historia y la tradición en el concierto de la literatura chilena contemporánea.

Palabras clave: Roberto Bolaño; literatura chilena; mujer; feminidad; patriarcado.

Femininity in Roberto Bolaño: between the ex-centricity and the eroticism of transgression A review of Clara and the Life of Anne Moore

Abstract

This article aims to investigate how the concept of femininity is represented in Roberto Bolaño's short narrative. To this end, *Clara* and *Vida de Anne Moore*, stories that make up the book *Llamadas Telefónicas*, published by Anagrama in 1997, will be analyzed. Considering that the narrative as an aesthetic fact is also a social fact, which has both conditions of production, as well as assimilation and interpretation, leads us to theoretically base the present text according

¹ *Procedencia del artículo:* Este artículo hace parte de un estudio personal sobre novelistas chilenos de la década del 50. Este proyecto se elabora bajo el título de: "Chile en sus letras y las letras en Chile: una mirada a los narradores de la generación del 50"



to the concept of erótica de la transgresión raised by George Bataille. It will analyze the position that, before a patriarchy rooted in culture, has had an increasing segment of women who have configured new perceptions of history and tradition in the concert of contemporary Chilean literature.

Keywords: Roberto Bolaño; Chilean literature; women; femininity; patriarchy.

Recibido: 14 de abril del 2019. **Aprobado:** 01 de junio del 2020

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i50.10576>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?*

Alzate, Alejandro. "La feminidad en Roberto Bolaño: entre la ex-centricidad y la erótica de la transgresión. Una revisión a Clara y Vida de Anne Moore." *Poligramas* 50 (2020): n. pag. Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

1. Introducción

Instalado en el contexto cultural y político del siglo XX, Roberto Bolaño se sumó a la tradición literaria que repensó, para el caso chileno, tanto la feminidad como las rupturas que a partir de ella modificaron las tradiciones morales, sexuales y familiares.

En ese sentido, el escritor, nacido en Santiago, cuestionó los modelos de cuño colonial que legitimaron el patriarcado, lo virgíneo, la obediencia, la castidad, lo pasivo y lo piadoso, en síntesis, las conductas propias del ángel del hogar. A partir de lo anterior puede decirse, entonces, que Bolaño se volcó a la consolidación de un proyecto escritural con impacto demográfico pero también civil.

Para él, dotar a las mujeres de posibilidades para emanciparse, ser irreverentes y reconstruir su *mismidad*, es decir, habilitarles un espacio para liberarse del sometimiento que les había asignado una masculinidad dominante, implicó el diálogo o vínculo en ciertos ejes temáticos con autoras contemporáneas como Diamela Eltit, Pía Barros o Elizabeth Subercaseaux, entre otras. Asimismo, Bolaño fue más allá al transitar y reactualizar el camino que en su momento, y a inicios del siglo XX, abrieron escritoras como Inés Echeverría de Larraín y otras abanderadas de la reivindicación femenina asumida como proceso socio-histórico. El

escritor reconoció, en gran parte de su cuentística, la relevancia que tuvo la búsqueda de espacios mediante los cuales se superaron dogmas católicos que constreñían derechos fundamentales en torno a la libertad y la igualdad.

Consciente de los procesos de emancipación femenina² acontecidos en la primera mitad del siglo XX, Bolaño le apostó a la posibilidad de que las mujeres fueran ex-céntricas;³ o lo que es lo mismo: que estuvieran por fuera del control o tutela estatal y eclesial; por fuera de ese centro y su influjo. Así las cosas, y de acuerdo con Andrea Kottow, el asentimiento para que ellas pudieran votar a partir de 1949 "les permitió ingresar a la vida laboral y con ello a la vida pública; adquirieron conciencia de las desigualdades e injusticias vividas y se armaron de un discurso alternativo frente a su situación de subordinación" (152). Autoras como Delia Rojas o Elvira Santa Cruz Ossa, entre otras, puntualiza Kottow, fueron las primeras activistas que desde la literatura procuraron una nueva condición civil para la mujer chilena que, a empellones, se abría espacio en múltiples escenarios y facetas.

Con el objetivo de dialogar con esta tradición, que replanteaba tanto roles como lugares y modos de figuración social, Roberto Bolaño creó, como se planteará más adelante, personajes femeninos con virtudes y contrariedades que se convirtieron en complejos sujetos sociales; casi siempre problemáticos y marginales. Esto último, estar en la periferia de los entornos de poder, fue el precio a pagar tras intentar fracturar la hegemonía patriarcal, política, religiosa y militar en Chile. Ahora bien, los réditos de dicha empresa reivindicativa pueden explicarse de la siguiente manera: en el momento en que la cultura oficial -a través del discurso literario- no pudo sostener el uso monológico de expresiones, ideologías, formas y formatos artísticos, se quebró la legitimidad de aquel arte dominante que, a la fuerza y sin mediación, instituyó la presencia

² De acuerdo con la historiografía, movimientos femeninos organizados como clubes y asociaciones dieron cuenta de las primeras tentativas en pro de la consecución de derechos civiles y laborales. Adicionalmente, la educación, asumida como un proceso que debía ser garantizado y democratizado, atizó los clamores en torno a la reubicación de la mujer como sujeto social y cultural. Nótese que, si en teoría, sucesos como la firma del Decreto Amunátegui, en el siglo XIX, permitieron la formación académica femenina, la práctica marcó una realidad en la cual solo los caballeros tenían acceso pleno a ese derecho en tanto herederos de bienes y fortunas. Situaciones como esta, precisamente, motivaron que en el siglo XX las mujeres pasaran de la sanción de leyes en decretos y constituciones, a la expresión de sus necesidades en la política, las artes y la arena pública.

³ Con el uso de esta expresión designamos el proceso mediante el cual ellas dejaron de estar atadas a una normatividad, fuertemente influenciada por la religión y las tradiciones patriarcales, que les definía tanto formas de actuar como normas a seguir en lo moral, lo sexual, lo económico y lo instruccional, entre otras esferas de la vida social. Asimismo, esta expresión da cuenta del desplazamiento que va desde el centro hasta los márgenes de la sociedad. A su vez, esta última la entendemos como el espacio -simbólico y concreto- donde la resistencia, la ruptura y la reconfiguración de nuevos procesos marcan la disidencia frente a las formas legitimadas de interacción y producción de sentido, bienes y servicios.

dispar de poderosos y débiles; diada que reducía la heterogeneidad y complejidad de las interacciones sociales y de los sujetos que las llevaban a cabo.

En el siglo XX latinoamericano, momento en el que poderes emergentes a veces radicales, pero también algunas otras difusos y fronterizos, manifestaron nuevas lecturas de la sociedad y la cultura, la mujer que propuso Bolaño para ejecutar rupturas y transformaciones se separó del rol de agente reproductor de las naciones, pues solo así sería capaz de reinterpretar su presencia en espacios disímiles, esto es, unos concretos (políticos y culturales) y otros simbólicos (espirituales). La individualidad, el libertinaje y la trasgresión de lo establecido se convirtieron en los dispositivos para poner en marcha cambios con cierto carácter dual: construir/destruir, amar/sufrir, tener/perder, permanecer/huir, desear/odiar, etc. Es justamente dentro de este escenario movedizo, y no exento de tensiones, donde la erótica de la trasgresión de Bataille cobra sentido.

¿Por qué? En primer lugar, porque en el vertiginoso tránsito/ desplazamiento de lo sagrado a lo profano los seres humanos han hecho del deseo un insumo para combatir el hastío de lo cotidiano y lo obligado; el deseo, relacionado con el impulso sexual en gran medida, se legitima como una exaltación del lado más animal de la existencia, de la vida misma.

“El erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte” (Bataille, 2007:15). En ese sentido, lo prohibido nunca es suprimido a la luz de la fugacidad de la existencia o de la axiología moral; por el contrario, es mantenido para ser gozado y sufrido en una dimensión dual que dialoga con las dicotomías expuestas en líneas anteriores.

En segundo lugar, el erotismo de Bataille seculariza la sociedad en general –y el sexo en particular– en la medida en que pone en un plano común el pecado y el disfrute, es decir, en la experiencia de lo segundo está implícita la noción de lo primero que no ahoga ni constriñe el pensamiento del hombre contemporáneo que, con el advenimiento de la modernidad, se ha liberado lentamente del absolutismo religioso con sus nociones adjuntas de culpa y castigo. Adicionalmente, la dicotomía miedo/fascinación (Tornos Urzainki, 2010) explica la imposibilidad del ser humano para dejar de lado la práctica de un ritual en el cual no solo se reivindica la vida –si se asume desde lo netamente reproductivo- sino la sacralización del placer por el placer como paliativo frente a la dureza del mundo. En síntesis, el erotismo visto por Bataille deviene en fuerza que transforma y agrede, en suceso que redefine las experiencias humanas que oscilan entre el placer y el displacer.

2. Relatos en contexto: primeros acercamientos interpretativos

Es precisamente esta perspectiva de la duplicidad la que permite contextualizar a continuación los relatos sobre los cuales se reflexiona en este artículo. *Clara* -nombre que da el autor a la narración para volver, tal vez, sobre la usanza decimonónica de titular las novelas con nombres femeninos, para luego desbordar las costumbres del siglo XIX-, puede leerse como una articulación de momentos tristes y deslucidos. La joven, conocida por el anónimo narrador desde la juventud, se presenta ante el lector no solo inestable emocionalmente sino incapaz de vivir en armonía con el mundo. A través de la tragedia y el desasosiego, permanentes en ella, se ratifica algo que Roberto Bolaño advirtió en su literatura como inherente a la condición humana, y es que el “aburrimiento y el horror habitan el mundo y están íntima e indisolublemente ligados” (Pino y Buendía 275).

Desde las primeras acciones Clara se presenta sola y muchas veces desatendida, con lo cual se le niega, esta es nuestra hipótesis, pertenencia o filiación con una red de apoyo o familia. A raíz de esto, su frágil seguridad se afianza tras su belleza física: “era tetona, tenía las piernas muy delgadas y los ojos azules” (Bolaño 148).

En virtud de estos atributos participó en un certamen de belleza: “un día me llegó una carta en donde a su manera escueta me comunicaba que se iba a presentar a un concurso de belleza” (Bolaño 148). Lo paradójico de esto, y con lo cual se fortalece nuestra idea en torno a la dualidad existente en muchas de las mujeres que integran la narrativa breve de Bolaño, es que también la hermosura abandona rápidamente a la protagonista; con lo cual todo lo que ella tiene, o ha tenido, se dirige irremisiblemente hacia la pérdida.

El esplendor estético exterior es opacado por una minusvalía interior que corre siempre en paralelo. En adición a esto, y si se observa el transcurrir de Clara, se advierte cómo inicia procesos que no concluye. Lo interesante de esta realidad reiterada es que habilita un correlato con alto valor semántico, es decir, lo que alguna vez fue objeto de deseo se abandona antes de ser poseído. En el fondo Clara no sabe qué quiere, razón por la cual el deseo, por ejemplo, no es suficiente para construir relaciones duraderas o por lo menos gratificantes. Siguiendo el pensamiento de Bataille, esto cobra sentido pues el deseo—máxima manifestación del erotismo sexual- implica la muerte y no el alumbramiento esclarecedor de la vida que se abre a la razón. Como resultante, entonces, a la joven solo le queda una enorme lista de amantes y otra de

recuerdos, heridas y fracasos. Una y otra, a la larga, no son más que lugares de lo pretérito, de la vida que no fue, es decir, lugares para la permanencia de la muerte que se impone.

Del mismo modo en que es notoria la incompletitud en la vida de la mujer, también son evidentes las acciones de huida geográfica o emocional que, no obstante, no logran aplacar su caos interior. Antes de hacer mención a esto último, es preciso enfatizar algo en relación con el ya mencionado abandono de prácticas que le interesaron: Clara estudió música y pintura para después dejarlas. Si bien ambas expresiones artísticas le gustaban era “incapaz de apasionarse” (Bolaño 149); lo cual resulta significativo puesto que suma, a la incompletitud, la noción de incapacidad, con lo cual se articula una nueva díada que acentúa el descolocamiento del personaje. Ahora, si se observan con detenimiento las huidas que como aparente salida a las tensiones experimenta la chica, resulta significativa la que lleva a cabo cuando se siente asfixiada por el sofocante amor/pasión del narrador: “poco después Clara me escribió una carta, la más larga que nunca me mandara, diciéndome que no podía seguir conmigo, que las presiones a las que la sometía -mi propuesta de vivir juntos- eran inaceptables, que todo había terminado” (Bolaño 150).

Esta situación prefigura una suerte de horror transversal a la experiencia vital de la joven: la belleza y los amantes se van, pero queda la enfermedad⁴ que la consume hasta causarle la muerte. A raíz de estos contrastes puede decirse que Bolaño es incisivo al presentar la degradación de la mujer que se mueve siempre en planos duales: salud/enfermedad, etc. Clara, nombre que ironiza la historia misma del personaje, trae aparejado el correlato de la oscuridad; con lo cual, y desde la simple nominación, se evidencia una doble cara narrativa que exige lecturas complementarias. Ahora, si bien el relato está atravesado por las dualidades ya referidas, cabe llamar la atención sobre algo que desborda esta categoría para dar paso a la noción de triángulo o tríada. Nótese cómo, en la víspera de la muerte de Clara, el narrador entabla contacto con Paco, su último esposo. “La tarde anterior al día que debía hospitalizarse, llamé. Me contestó Paco. Clara no estaba. Desde hacía dos días nadie sabía nada de ella. Por

⁴ De acuerdo con Bataille, la enfermedad es una de las más dramáticas contrararas del erotismo, es decir, en el momento en que esta irrumpe el deseo se repliega, se agazapa para ceder, por lo general, el protagonismo a la conciencia tardía que recrimina o lamenta hechos particulares. De igual forma, la enfermedad se opone al erotismo dado que conduce al recogimiento y al silencio; instancias que son desbordadas por la dimensión erótica de los sujetos que se manifiesta como carnaval e intercambio.

el tono que empleó Paco intuí que sospechaba que podía estar conmigo. Se lo dije francamente: conmigo no está" (Bolaño 157-158).

En el marco de la vorágine descrita hasta aquí, resta tan solo hacer una observación más: Clara sintetiza con su desencanto el malestar de una generación excluida de las promesas redentoras de la modernidad. Si bien la humanidad no progresó en la medida en que indicaban teorías y postulados adscritos a este proyecto histórico; y si bien el humanismo no redimió a la sociedad enferma que sacralizó el poder, el dinero y el espectáculo, es preciso leer a la joven como un producto residual ligado a lo posmoderno; esto en la medida en que este *ismo*, como señalan Juan Carlos Pino Correa y Alexander Buendía, engloba la experiencia vital de "seres desolados ante las inclemencias del mundo" (276).

No muy distante de lo hasta aquí expuesto, *Vida de Anne Moore* también se presenta como una narración fronteriza entre la cordura y el delirio; entre la movilidad y la inmovilidad. Anne, una joven de clase media, fractura todos los esquemas de la "vida convencional" para degradarse a través del sexo y de una itinerancia que la descentra de referentes sociales como la familia. Desde el principio, las acciones ponen en evidencia una dualidad que prefigura todo lo que vendrá para ella en términos de crisis y restablecimiento, o lo que es lo mismo: en términos de muerte y redención. Dice la narración; "Allí creció Anne [en Great Falls] y su infancia fue apacible, pero también extraña" (Bolaño 175). Cabe resaltar que la adjetivación de extraña se extiende más allá de la infancia como periodo puntual, y si bien en ese primer momento lo perturbador fue el hecho de que Fred, novio de Susan, hermana de Anne, asesinara a sus propios padres, posteriormente lo extraño surge a raíz de la incapacidad de la protagonista para asimilar la complejidad de la vida adulta.

Susan, quien rápidamente cede la focalización narrativa a Anne, fracasa en sus estudios de medicina en Berkeley y regresa a la casa paterna en Great Falls, Montana. "Susan había abandonado definitivamente los estudios y ahora quería rehacer su vida en una ciudad tranquila y decente" (Bolaño 178). Después de este agridulce regreso, mediado por el alcoholismo y el libertinaje, es Anne la que da cuenta de su atribulada vida. La primera pista que ofrece la narración sobre ella, y con la cual se rompe el carácter pudoroso de la infancia, pone sobre la mesa una sexualidad activa, como consta a continuación.

Poco después conoció a Paul y se fue a vivir con él. Paul tenía una casita de dos plantas, en la primera estaba su estudio en donde se amontonaban grandes cuadros que jamás terminaba y en la segunda una habitación-sala-comedor muy grande, y una cocina y un baño muy pequeños. Por supuesto, no era el primero con el que se acostaba, antes había salido con un compañero de Pintura Impresionista que fue quien le presentó a Paul y en Great Falls había sido novia de un jugador de baloncesto y de un chico que trabajaba en una panadería. (Bolaño 178).

De este momento en adelante, el sexo se convierte en el eje transversal que guía su camino hacia la decadencia. Y no por asuntos morales, pues Roberto Bolaño libera el cuerpo del control institucional de la Iglesia y la familia, sino porque a través de él se relaciona con sujetos descentrados, derrotados y marginales cuyas prácticas, como en el caso de Rubén, se inscribían en la ilegalidad. Dice de este último la narración: "en *The Frog* compraban marihuana a un tipo mexicano delgado que siempre iba vestido de blanco y esperaba a sus clientes en el interior de su coche estacionado en la acera de enfrente, junto a un árbol seco" (Bolaño 179-180). El dúo Rubén-Paul significa para Anne goce y pérdida, como explicaremos más adelante. Lo que sí es preciso referir en este momento es el reavivamiento que recibe Anne tras conocer a Linda, una expendedora de droga, como Rubén, quien era compañera sentimental de Marc, un pseudo poeta fracasado. "A Anne le gustaba la seguridad de Linda, su independencia, su desprecio por ciertas normas establecidas, su respeto por otras, su manera ecléctica de vivir" (Bolaño 182).

No obstante, el impulso infundido por Linda, Anne no logra capitalizarlo para esquivar los atisbos de su propia tragedia. Tan solo la simpatía hacia una feminidad no tradicional es lo que queda del contacto con la irreverente compañera de Marc. Entre tanto, los hombres y el sexo agudizan su degradación; la misma que alcanza su punto más alto cuando es diagnosticada con una enfermedad grave: "durante cinco horas estuvo sentada en el aeropuerto de Seattle pensando en su vida y en su enfermedad y una y otra le parecieron vacías" (Bolaño 194). La enfermedad, cuyo nombre no se menciona, constituye el cierre de la experiencia vital de Anne. Sola, enferma y sin su hermana, quien muere en Great Falls tras una sobredosis de barbitúricos, abandona la narración mediante una desaparición misteriosa. Es el anónimo narrador quien la busca, sin suerte y por última vez, en Girona, ciudad española en la que Anne pasó alguna temporada de su itinerante juventud.

3. Clara, ex-centricidad y erotismo: la mujer ilímite

No es un secreto que el amor, como concepto, ocupa un lugar transversal en la narrativa de Roberto Bolaño. Desde sus inicios como escritor, el interés por explicar a través de él la condición humana, o parte de esta, abrió la puerta a permanentes exploraciones que nutrieron el universo simbólico y axiológico de su literatura. El amor, como precisa Alexis Candia Cáceres,

Tiene una función preponderante en la [narrativa] de Roberto Bolaño, que adopta, en primer término, un sentido transgresor que tiene que ver con la construcción de un sentimiento afectivo fiel a sí mismo, marcado por el ardor y la pasión que emerge del contacto de la piel y del deseo, que no está, en ningún caso, dispuesto a verse constreñido por la presión de la norma y del quehacer social (207).

En concordancia con lo mencionado, la libertad se constituye en el único dispositivo capaz de garantizar las espontaneidades del afecto. Nótese cómo, en tanto sujeto histórico, social y cultural Clara se cruza con hombres que están por fuera del centro social⁵; razón por la cual sus relaciones se configuran desde la disparidad que la empodera y no desde la comunión que pudiera moderar su carácter, como pudiera suponerse. Obsérvese, por ejemplo, cómo desde el comienzo el narrador manifiesta interés por vivir con ella, pero ella no con él. Tanta es la certeza ante la negativa, que el propio pretendiente se contesta a sí mismo antes de que lo haga la joven: "por supuesto, a esas alturas yo sabía cuál sería la respuesta" (Bolaño 150). Partiendo de esta evidencia narrativa, puede decirse que Bolaño evita cualquier tipo de regularización afectiva; razón por la cual Clara carece de interés por habitar el centro de la sociedad; espacio que realiza acuerdos, proyectos y mediaciones que implican salir de sí para negociar y encontrarse con el (los) otro (s).

Cabe destacar que si bien el narrador no logra el cometido de vivir con la joven, tiene siempre el poder del discurso, el poder de la enunciación para definirla, el poder para poner en evidencia sus procesos más complejos. Son estas condiciones las que permiten señalar que las relaciones entre individuos no escapan a los ejercicios de poder o subordinación. Refuerzan

⁵ Por centro social entendemos aquella instancia simbólica que reúne la experiencia vital de seres que guardan respeto por normas de tipo moral, civil y jurídico. En ese sentido, el centro se lee como un espacio donde la comunión de quienes ahí se insertan prevalece sobre el o los posibles disensos. De modo contrario, lo que aquí hemos denominado "ex-céntrico" está en las antípodas. Este segundo escenario agrupa a aquellos que están entre la anarquía y el individualismo nihilista. (Nota del autor).

esta interpretación algunos de los comentarios que hace el narrador sobre Clara, por ejemplo: "anteriormente tuvo problemas mentales: solía soñar con ratas, solía oírlas por la noche en su cuarto" (Bolaño 150-151). Si bien con esta infidencia ya la ubica como un ser propenso al desequilibrio, con el siguiente comentario la instala en los predios de la victimización y el abuso:

"A veces, cuando estoy solo y no puedo dormir, pero tampoco tengo ánimos para prender la luz, pienso en Clara, la ganadora del segundo puesto en el concurso de belleza, y la veo con la mandíbula colgando, incapaz de volver a encajársela ella sola y conduciendo con una sola mano hacia el hospital más cercano. Me gustaría reírme, pero no puedo" (Bolaño 151)

Finalmente, una enunciación más termina por desnudar las intimidades de Clara en relación con el lector. Dice el fragmento: "de lo que sí me río es de su noche de bodas. El día antes la habían operado de hemorroides, así que no fue muy lucida, supongo. O tal vez sí. Nunca le pregunté si pudo hacer el amor con su marido" (Bolaño 151).

En este punto es preciso señalar que *Clara* no es el único cuento de Bolaño donde se plantean antagonismos entre personajes masculinos y femeninos. Tampoco es el único donde tienen cabida flujos de conciencia a través de los cuales los varones dan cuenta de sus percepciones sobre la mujer: esta es, para ellos, un ser-trofeo que alcanzar y dominar en el plano sexual. En *Compañeros de celda*, por ejemplo, se observa cómo "la narración se convierte en un recuento de los encuentros sexuales de la mujer con el narrador protagonista y otros hombres" (Presenza 2). Al igual que sucede en *Clara*, es él quien tiene el poder de la palabra para describir, informar o contar todo tipo de detalles, como se aprecia a continuación: "besar su cara bañada en lágrimas era delicioso. Todo su cuerpo ardía, se arqueaba, como un trozo de metal al rojo vivo, pero sus lágrimas eran tan solo tibias y al bajar por su cuello o cuando yo las recogía y untaba sus pezones con ellas se helaban" (Bolaño 141).

Partiendo del hecho de que Bolaño es reiterativo en el uso de estas formas de interacción, en las cuales el hombre enuncia sus proezas, pero es la mujer quien realmente devora el cuerpo del otro para auto reivindicar su derecho al placer, puede decirse que se configura y explica, en parte, el carácter ex-céntrico de ciertas protagonistas como Clara. Ella tiene la decisión en torno a la consumación o no del placer, lo cual la aleja del arquetipo de mujer casta o seráfica; no obstante, las enunciaciones que sobre ella hace el narrador la ubican en los márgenes de lo

deseable, de lo que va en línea o correspondencia con lo ideal. En tanto categorías, lo social, lo sexual y lo mental dan cuenta de las dificultades que experimenta el personaje. De la locura a la pérdida del primer puesto en el concurso de belleza, y del maltrato que le proporciona un amante a la frustrada noche de bodas, hay todo un contexto que la desdibuja en tanto sujeto ideal; razón por la cual ella queda por fuera del centro al que quizá sí acceden otras mujeres dispuestas a seguir las convenciones establecidas; otras mujeres que no devoran sino que son devoradas. Clara, por su parte, seduce y juega para finalmente sellar la continuación o fin de la compañía del amante. Ahora, la consecuencia que se deriva del estar por fuera es la relación/degradación con hombres igualmente ex-céntricos; esto es, vacíos y confundidos a los cuales tiene cerca mientras el sexo intenta satisfacer las carencias de afecto. Si bien es cierto que es la gran variedad de amantes la que hace que Clara se hunda más en el vacío, no lo es menos que son ellos, también, quienes posibilitan la protesta y el acto político de rebeldía contra ese centro social, moral y cultural que excluye y señala.

La mujer que transgrede el discurso central es, en palabras de Tina Suárez Rojas, "aquella que reclama como sujeto de deseo el cuerpo masculino, y no se centra en lo íntimo y lo privado de su condición femenina" (153 – 154). Si las instancias de lo íntimo y lo privado son superadas, vistas y vividas más allá del tabú, la mujer, antes acallada por la voz hegemónica del hombre, irrumpe en el contexto para saciarse con el cuerpo masculino que posee y castiga, que acapara y ostenta. Si se observan en rigor las relaciones que tiene Clara a lo largo del relato, puede notarse que es ella, con sus negativas y sus juegos de aceptación o rechazo, la que resquebraja la solidez del heteropatriarcado. En ese sentido, el sexo, ya liberado de la culpa y los ocultamientos propios de gran parte de la novela decimonónica, por ejemplo, se convierte en dispositivo de reivindicación, en un vehículo para tambalear los esquemas biopolíticos de procreación y salubridad. Esto no exime, desde luego, que la tentativa transgresora, es decir, la fractura de los rígidos modelos morales y culturales no experimente altibajos.

Lo anterior puede ejemplificarse así: cuando Luis, segundo esposo de Clara, la deja, las pastillas psiquiátricas que ella tomaba la inhibieron sexualmente. Con esto, más allá de un hecho clínico, lo que subyace es el debilitamiento de una forma de resistencia, de su forma de resistencia. Al bloqueársele el deseo, se le imposibilita sancionar a ese centro que imparte castigos. Afortunadamente, poco tiempo después ella vuelve al trabajo y una nueva medicación

renueva su libido. En ese contexto conoce a Paco, quien se convierte en su tercer esposo y, rápidamente, y a causa del cáncer que la mujer padece, en su exesposo.

Clara es ex-céntrica puesto que no ingresa al centro de la sociedad que ha idealizado aquella feminidad sin apetitos, más cercana al modelo del ángel del hogar que al de mujer activa social y sexualmente. Asimismo, la condición de expulsada del centro se le adjudica a raíz de su falta de inhibiciones para disfrutar/sufrir su sexualidad. Como resulta evidente, ambos procesos, contrapuestos dentro de la cultura occidental, ratifican las coordenadas poco comunes dentro de las cuales se desenvuelve el personaje. Cuando es expulsada del centro social, Clara experimenta los placeres y con ello fractura el orden moral de una sociedad principalmente conservadora como la chilena y la latinoamericana, en general. Ahora, lo erótico, agrega Marder Tornos Uranki, "no tiene que ver nada con lo escandaloso o subversivo; simplemente afirma el ser limitado y se abre al ilimitado" (199). Esta última condición es la que reivindica Clara. Ante la aproximación de la enfermedad que le causa la muerte, ella opta por experimentar el mundo que se desborda a través del amor-pasión en una experiencia que reivindica el placer.

4. Anne Moore y la marca de autor: erotismo y excentricidad como posibilidades de diálogo intertextual

En el caso de *Vida de Anne Moore*, segundo relato a analizarse en este artículo, la sexualidad también convierte a Anne en una mujer ex-céntrica. A diferencia de Clara, quien no evidencia referencias familiares, la protagonista de esta narración sí tiene un hogar sólido. Si bien resulta cierto que es ella quien lo abandona para cursar estudios en San Francisco -acción con la cual se inicia el distanciamiento de ese primer centro- puede decirse también que la ruptura con aquel núcleo primerizo se agudiza cuando Susan, su hermana, deja Berkeley para regresar a la casa paterna en Great Falls. Sola, entonces, Anne empieza a relacionarse con hombres a los cuales la unía el sexo. El primero, en ese momento y contexto, fue Paul, "un pintor nieto de anarquistas judío-rusos" (Bolaño 178) con quien se fue a vivir rápidamente. En relación con esta unión cabe precisar lo siguiente: dada la avidez de Anne por experiencias de tipo sexual, resulta paradójico que Paul tuviera un precario desempeño amoroso. Advertir esto es importante pues permite inferir que la relación que sostuvieron estuvo mediada no tanto por el goce como

sí por la necesidad de compensar carencias. Roberto Bolaño es generoso a la hora de presentar los desencuentros íntimos de la pareja:

La relación entre Anne y Paul fue peculiar, Anne tenía diecisiete años, pronto iba a cumplir los dieciocho y Paul tenía veintiséis. En la cama tuvieron problemas desde el principio. En verano Paul solía ser impotente, en invierno tenía eyaculación precoz, en otoño y en primavera el sexo no le interesaba. Así lo cuenta Anne y también dice que nunca hasta entonces había conocido a nadie tan inteligente (Bolaño 178).

No obstante las dificultades, Anne intenta preservar la relación y lo logra con éxito. Por un tiempo consigue una estabilidad que la "domestica" y regulariza según lo establecido por la educación sentimental tradicional⁶. Incluso parece ingresar al centro de la sociedad que siempre le negó el acceso a sus espacios más íntimos. Véase, en ese orden de ideas, lo siguiente:

Al año siguiente Anne abandonó la universidad y se dedicó a ser la compañera de Paul a tiempo completo. Le compraba las telas, los bastidores, la pintura, preparaba la comida y la cena, lavaba la ropa, barría y fregaba los suelos, lavaba los platos, hacía todo lo que podía para que la vida de Paul fuera lo más similar a un remanso de paz y de creación (Bolaño 181).

Pese a las buenas intenciones, y como lo refiere el narrador, "su vida de pareja no era satisfactoria. Sexualmente Paul cada día estaba peor. En la cama Anne ya no sentía nada" (Bolaño 181). Así las cosas, Rubén es quien ocupa el lugar de Paul: "una vez apareció por el *bungalow* a las dos de la mañana a interesarse por la salud de Anne. Estuvieron hablando hasta las cinco y después hicieron el amor" (Bolaño 181). Este suceso es determinante puesto que

⁶ En América Latina la educación sentimental ha bebido de varias fuentes. Estas van desde las clásicas griegas que ponderaban por medio de relatos ejemplares el amor ideal e idealizado, hasta las sonoridades del rock y la música afrocaribeña; expresiones que permitieron a la generación del medio siglo, 1950-1960, encontrar una expresividad sentimental particular. También el cine, especialmente el mexicano de los años 30 y 40, permitió hermanar el amor con los procesos de emergencia social, económica y cultural de las barriadas populares. En paralelo, la televisión, la literatura y el comercio han coadyuvado en la construcción de múltiples formas de educar sentimentalmente a una colectividad. De una forma a otra es posible analizar interpretaciones, ritos, intensidades y métodos mediante los cuales se crean códigos socio-discursivos para amar, reivindicar, odiar o someter. Véanse al respecto los siguientes textos: Lee, J.A. (1977). "A typology of styles of loving". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 3, 173-182. Rougemont, D. (1979). *El amor y Occidente*. Barcelona: Kairós. Sternberg, R.J. (1989). *El triángulo del amor*. Barcelona: Paidós.

descentra a Anne totalmente. ¿Por qué? Porque Rubén no solo se acuesta con ella sino que sale por las noches con Paul a los bares. Los tres se entrelazan en una relación no solo atípica sino ex-céntrica o inadecuada según las formalidades sentimentales de occidente. Lo cierto es que, tras el regreso de Paul a los Estados Unidos, Anne se quedó en México con Rubén. Durante tres días seguidos hicieron el amor y surgió, como consecuencia, una nueva relación que ilusionó a la joven.

Significativo es el hecho de que Rubén, al igual que Paul, también fuera un fracasado. Cuando ella se quedó sin dinero, él volvió a “vender droga a la puerta de *The Frog*” (Bolaño 183). Lo que viene después termina por empeorar la situación de la muchacha. La vida con Rubén, como permite inferir la historia, da lugar a la degradación de Anne como mujer. Y no solo por la presencia de una sexualidad invasiva, sino por la itinerancia y el ejercicio de la violencia. En relación con lo primero cabe decir que así como Rubén transgredió el espacio sentimental y sexual de Paul, su tío intentó transgredir el suyo ofreciéndole dinero a Anne para que se acostara con él.

En cuanto a la itinerancia, instancia que niega la posibilidad de arraigo, cabe señalar que con Rubén Anne fue desde Mazatlán hasta Guadalajara pasando por Ciudad de México, sitios en los cuáles el *modus vivendi* giró siempre en torno a la venta de marihuana y pastillas de ácido. Lo último, el ejercicio de la violencia, se produjo cuando Rubén se quedó sin dinero y Anne, en broma, se ofreció a oficiar como prostituta. La respuesta de él fue contundente: abofetearla para después sentenciar en una manifestación de machismo exacerbada: “primero robo un banco” (Bolaño 183). Si en *Clara* el narrador tiene el poder a través del discurso, en esta narración el poder lo tienen otros hombres que pasan de la palabra al hecho, de la amonestación verbal a la sanción a través del golpe, situación que pauperiza más la situación de la protagonista.

Lejos de ser sucesos aislados, tanto el golpe de Rubén como el ofrecimiento de dinero de su tío a Anne, ponen en tensión los modos de construir relaciones. Valiéndose de la disparidad que resulta cuando existen dominados y dominadores, Roberto Bolaño exhorta a la revisión de los procesos de interrelación y a la regulación del poder. En ese sentido, el conjunto de situaciones evidenciadas en *Clara* y *Vida de Anne Moore*, dan forma a la apuesta ideológica y literaria del escritor. Y no solo de la de él, pues otros autores chilenos como Damiela Eltit, por ejemplo, también “han cuestionado a la sociedad patriarcal y el rol que cumple la política en la

violencia que se ejerce en contra de las mujeres" (Vásquez 144). Un breve rastreo a la narrativa de Bolaño permite encontrar otras marcas que ratifican su interés por reivindicar la feminidad. Así, por ejemplo, *Estrella distante* es consecuente con una escritura que pretende desestructurar jerarquías. De acuerdo con la investigadora Ainhoa Mejías:

Las hermanas Garmendia trascienden los roles impuestos y son sujetos activos: estudian Sociología en la Universidad de Concepción y participan como miembros del taller de poesía, en el cual casi todos los integrantes son hombres. Ellas no cumplen con los cánones impuestos al sujeto femenino, son mujeres que dominan el ámbito público y se han ganado el respeto masculino (147).

Interesante destacar dos aspectos en relación con el fragmento referido: el primero de ellos es que, al ser hermanas, en plural, el proceso de resignificación adquiere un sentido colectivo, con lo cual se va tejiendo un cuerpo social que hace frente a la singularidad de la hegemonía masculina. Lo segundo pasa por el proceso de formación que adelantan las hermanas. Ellas, a diferencia de Clara y Anne, no solo se forman académicamente, sino que participan en otro espacio de instrucción cultural: el grupo de poesía. Las incursiones en diversos espacios educativos explican las nuevas figuraciones o avances de la mujer, tal como lo explica Mabel Pla en *Génesis y estructura de la identidad femenina*. De acuerdo con la autora, y con la historia:

Desde las postrimerías del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, el lugar de la mujer de clase media y alta era el hogar, el cuidado y educación de los hijos. El marido era el responsable del bienestar económico. Pero, la familia ya nuclear, en la primera mitad del siglo XX, tiene por figura casi exclusiva que protege y educa a los hijos a la madre, o sea que es la madre la que ejerce, de hecho, casi la totalidad de la parentalidad. La familia se caracteriza, así, por la excesiva presencia e influencia de la madre, con ausencia y lejanía del padre, absorbido cada vez más por el desarrollo laboral del industrialismo, y empujado al éxito material y a competir despiadadamente para lograrlo (145).

Bolaño no es ajeno a estas transformaciones, razón por la cual pone sobre la mesa tanto las precariedades que ellas padecen como los logros que alcanzan; bien por sus méritos

intelectuales, o bien por la subversión de los límites proferidos a la sexualidad, por ejemplo. De la formación académica a la concupiscencia hay un nuevo orden social que condena pero también libera. Aunada a la sanción moral va aparejada la vivencia explícita de la libertad, y esto, evidentemente, es un logro que permite no ceñirse a la monogamia. Por el contrario, este “ir más allá” hace posible vivir el deseo desde la pluralidad.

Así, pues, Rubén es tan solo uno de los tantos hombres con los cuales Anne se involucra. Tras dejarlo y volver a San Francisco, la joven se hace amante de Charles y de un par de tipos, como lo dice literalmente la narración. Evidentemente, la ruptura con Rubén la saca nuevamente del centro justo cuando parecía que todo iba a estabilizarse: “por un tiempo, unos dos o tres meses, Anne creyó que estaba enamorada de Rubén y que se quedaría a vivir en México para siempre” (Bolaño 185). Con el par de tipos la “experiencia fue decepcionante” (Bolaño 186), y con Charles no puede calificarse sino como agresiva y ventajosa. En el momento en que ella le manifiesta a este nuevo amante que su deseo sexual le produce más dolor que satisfacción, él le insinúa ejercer la prostitución.

Le dijo a Charles lo que le ocurría en la cama, lo que sentía con todos los hombres con que se había acostado, incluido él. Charles al principio no supo qué decirle, pero al cabo de los días sugirió que ya que no sentía nada podía al menos sacar algo de provecho material de su situación. Anne tardó algunos días en comprender que lo que Charles le sugería era que se dedicara a la prostitución (Bolaño 187).

Y así sucedió. Confundida una vez más, Anne aceptó y comprobó que su existencia era absolutamente vacía y miserable; errática y anodina.

Nunca en su vida, recuerda Anne, había sentido tanta vergüenza como cuando entró en el bar y se sentó en la barra, sabiendo que estaba allí a la caza de su primer cliente y sabiendo que todos los que estaban en el bar lo sabían. Odió el vestido rojo, odió los zapatos rojos, odió la pistola de Charles, odió el estallido que se anunciaba pero nunca venía. (Bolaño 187).

Totalmente descentrada tras ejercer prácticas que no le eran propias, Anne se encuentra con un nuevo hombre: Tony.

[Él] Era coreano, de Corea del sur, y trabajaba en un taller de ropa en donde la mayoría de los empleados eran ilegales. Era amigo de un amigo de Paul o de Linda o de algún compañero de la cafetería de Berkeley, Anne no lo recuerda, solo recuerda que fue un amor a primera vista. Tony era muy suave y muy sincero, el primer hombre sincero que Anne conocía, tan sincero que a la salida de un cine le confesó sin ningún rubor que se había aburrido y que era virgen (Bolaño 189).

Si bien Tony intentó ofrecerle la estabilidad que hubiera podido instalarla por fin en el centro social, ella se cansó y lo abandonó: “un día a Anne se le acabó el amor por Tony y se marchó de Seattle” (Bolaño 191). Con esta acción la joven evidencia su carácter intencionalmente ex-céntrico. Sus actos sugieren que en ella estar al margen es algo no solo recurrente sino pretendido. Tras el suicidio de Tony, quien no resistió la separación, Anne tuvo “demasiados hombres, demasiados trabajos, demasiado de todo” (Bolaño 192). Ralph, Bill, el narrador, el arquitecto y el antiguo alumno son los últimos hombres que aparecen en su vida. Itinerante, con momentos económicos buenos y capaz de romper compromisos fácilmente, ella desestructura todo un andamiaje social y cultural que ha sido legitimado por la historia; tal como lo recupera Emmanuel Le Roy Ladurie citado por Beatriz Schmuckler:

El control sobre la vida de la esposa adquiriría connotaciones diferentes de acuerdo con la clase social, pero, en líneas generales, estaba destinado a impedir la sexualidad ilegítima, controlar el poder de información y de crítica social que tenían las redes informales de mujeres e impedir la formación de sentimientos anti patriarcales que se generaban en estas relaciones informales (54).

Todo esto, justamente, es lo que desafía Anne a través de la vivencia de su sexualidad. Esta, a la luz de los esquemas históricos y morales, fue siempre ilegítima. Nadie pudo corregir ese carácter vicioso que se oponía, en tanto tal, a la virtud del diálogo platónico. Con Linda, por ejemplo, se empodera en tanto sujeto que siente y piensa el mundo y las relaciones que en él se dan, es decir, nadie logra controlar ni su acceso a la información ni la crítica social. En relación con la formación de sentimientos anti patriarcales, cabe decir que ella no solo los tiene, sino

que es el elemento que en sí que fractura y desconfigura prácticas, creencias y sentimientos en torno al pudor y el amor sublime.

En síntesis, la sexualidad le sirve a Anne para no ser parte de una tradición donde la subordinación era ineludible. Con su forma de ser, vivir y amar ella rechaza lo que por continuismo histórico vivieron las mujeres antes de la expansión capitalista, es decir, "constituirse en las claves de la continuidad del grupo familiar por su carácter de proveedoras de afecto en ambos ejes, y ser figuras estables a cargo de la vida doméstica en periodos de movilidad y dispersión geográfica de los miembros varones" (Schmuckler 56). De igual forma, Anne rehúsa una responsabilidad histórica compleja: "cohesionar el grupo, rol que le había correspondido al patriarca en el parentesco anterior a la industrialización" (Schmuckler 56). No cohesionar el grupo y no estar dentro de él siguiendo su normatividad, es lo que en este artículo ha dado lugar, también, al empleo del término "ex-céntrico". De acuerdo con Bataille, "lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas" (14). En ese sentido, Anne reivindica la tentativa de poner fin a los esquemas instaurados por la tradición social, familiar, política y económica. Ella encuentra, en la superación del límite, la posibilidad de la fragmentación que permite vivir realidades disímiles al mismo tiempo: el placer se opone a lo moral y la satisfacción del deseo a la estabilidad. Infringir la norma no la condena a la prohibición; por el contrario, abre un horizonte donde lo constituido pierde esa vigencia omnímoda que uniforma procedimientos y maneras de actuar. Habitar lo social desde otros lugares y referentes es lo que permite que Anne re-constituya para sí tanto el sentido de lo real como las nociones de sí y de los otros como sujetos en permanente interacción.

5. Familia, ruptura e individualidad.

En "*La transición al capitalismo y la construcción social del concepto de amor romántico*", Beatriz Schmuckler plantea que "desde principios del siglo XIX, en la mayoría de los sectores sociales, el grupo de parentesco fue perdiendo su carácter de institución proveedora de identidad y se fue especializando en la provisión de seguridad individual, emocional y económica" (55). Esto parece explicar, en parte, lo sucedido con la familia asumida como institución en los relatos que aquí se estudian. Coincidimos con Schmuckler en cuanto al debilitamiento de los procesos identitarios. Es evidente que ni Clara ni Anne tienen muy bien definido quiénes son ni para dónde van. Esto, sumado a que la identidad tiene un carácter aporético, esto es, deseable y

necesario pero a la vez imposible de representarse definitivamente (Navarrete Cazales 2008)⁷, hace que ellas se enfrenten a los contextos donde se desenvuelven amparadas, si acaso, por la seguridad económica de sus familias, lo cual no resuelve las necesidades de legitimación y afianzamiento individual.

En *Clara*, por ejemplo, la posibilidad de conformar una familia se evidencia dos veces. La primera de ellas con Luis, "un tipo sensible (nunca le pegó), un tipo culto (fue uno de los dos millones de españoles, creo, que compraron los fascículos de la obra completa de Mozart)" (Bolaño 152). Si bien él "se moría por los niños" (Bolaño 152) ella simplemente no estaba preparada para tenerlos. Ese desencuentro, sumado a la infidelidad que comete ella con un compañero de oficina, termina la relación con él, quien también, en principio, fue primero amante y después esposo. Tras esta ruptura apareció Paco, un tipo "divorciado como ella" (Bolaño 154) quien también se hizo su esposo. Con él tuvo un hijo más por darle gusto que por añorarla ella: "en principio la idea no le entusiasmaba, pero acabó cediendo" (Bolaño 154).

Contrario a lo que podría pensarse, la nueva familia no cambia el panorama vital de Clara. Tras el último encuentro con el narrador, quien también fue su amante, las alusiones a su esposo e hijo son no solo pocas sino simples, casi anodinas: "así hablábamos de la familia, una familia abstracta como un poema cubista" (Bolaño 155). Lo que estos indicios permiten inferir es la exaltación de la individualidad antes que la exaltación de la colectividad que supone una familia. Para Bolaño, el objetivo de resignificar la feminidad no implicó reivindicar necesariamente a la familia proveedora de seguridad económica y emocional. Estar al margen de esta niega la adscripción a un centro, a un determinado cruce de interacciones donde las jerarquías acentúan las manifestaciones de poder.

El desarrollo limitado de la personalidad femenina en la literatura estaba siempre cercado por el *locus filiae*, es decir, la posición de una hija siempre necesitada de una tutela, y que solo podía aspirar a una supuesta emancipación, cuando se le concebía cierta libertad de elegir al hombre al cual concederle esta tutela (Del Pino & Rodríguez 14).

Véase el artículo: "¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible". Revista Mexicana de Investigación Educativa, vol. 20, no. 65, 2015, pp 461-479.

Contrario a esto, muchas de las mujeres que integran la narrativa de Roberto Bolaño desatienden el continuismo histórico. La emancipación no la da la tutela masculina sino, como ya se indicó, el devorar el cuerpo del *otro* en tanto objeto de poder. En la vivencia del placer/dolor está la condena, es cierto, pero también la redención. Bolaño plantea como inconcebible el sometimiento femenino a través de la elección de quien es, en apariencia, más apto para dirigir y someter. Es por eso que las individualidades de Clara y Anne violan el límite, la norma y los preceptos del recato, otrora máxima expresión del correcto deber ser femenino. La mujer nueva, heredera de la tradición victoriana, y antagonista del ángel del hogar, rompe los estereotipos de caracterización tradicionales para poner en tensión los paradigmas morales del pasado. Contrario a lo que sucede con Clara, quien por lo menos tuvo un hijo, Anne no tiene una familia más allá de la que conforma con sus padres; lo cual la ubica como un personaje mucho más radical en cuanto a la ruptura con las obligaciones demográficas e históricas.

Una noche, mientras hacían el amor, Bill le sugirió que tuvieran un hijo. La respuesta de Anne fue breve y tranquila, simplemente le dijo que no, que aún era demasiado joven, pero en su interior sintió que se ponía a gritar, es decir, sintió, vio, la separación, la línea que delimitaba el no-gritar con el gritar. Fue, recuerda Anne, como abrir los ojos dentro de la caverna más grande de la tierra. (Bolaño 194-195).

En este contexto, y si se considera lo propuesto por Isabel Larguía: " la mujer fue relegada a la esfera doméstica por la división del trabajo entre los sexos, al tiempo que se desarrollaba a través de los milenios una poderosísima ideología que aún determina su imagen y papel en la vida social" (61), cabe mencionar que Clara, a diferencia de Anne, jamás se ve subordinada a lo doméstico: ni por imposición ni por voluntad propia. Su hijo, desde ningún punto de vista, constituye una atadura. Este juego de antagonismos, a modo de conclusión, muestra la diversidad de comportamientos y matices que en las mujeres advirtió Roberto Bolaño. Para el chileno, la capacidad de elección adquirió un carácter soberano y liberador en la medida en que legitimó la individualidad como opción vital.

Referencias

- Bataille, George. *El erotismo*. España: Tusquets editores, 2007. Impreso.
- Bolaño, Roberto. *Llamadas telefónicas*. España: Ed. Anagrama. Colección compactos, 1997. Impreso.
- Candia Cáceres, Ainhoa. "Las mil formas de Venus: la reinención del amor en la narrativa bolañiana." *Anales de Literatura Chilena* 14 (2010): 205-223. Impreso.
- Del Pino, Mateo., Rodríguez Herrera, Gregorio, eds. *Metáforas de perversidad: percepción y representación de lo femenino en el ámbito literario y artístico*. España: Fundación Mapfre Guanarteme, 2004. Impreso.
- Kottow, Andrea. "Feminismo y femineidad: escritura y género en las primeras escritoras feministas en Chile." *Atenea* 508 (2013): 151-169. *Scielo*. Web. Fecha de acceso: (2, AGTO, 2019).
- Larguía, Isabel. "*Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*", en *Mujer y socialismo*. Chile: ediciones La Universidad, 1972. Impreso.
- Navarrete Cazales, Zaira. "Construcción de una identidad profesional: los pedagogos de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Veracruzana" *Revista Mexicana de Investigación Educativa* XIII. 36 (2008): 143-171. Impreso.
- Pino Correa, Juan Carlos., Buendía Astudillo, Alexander. "Escenarios y personajes de Roberto Bolaño en el entorno posmoderno." *Alpha* 29 (2009): 271-283. *Scielo*. Web. Fecha de acceso (15, JUL, 2019).
- Pla, Mabel. *Génesis y estructura de la identidad femenina*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2012. Impreso.
- Presenza, Martín. "De esfinges y súcubos. Sobre compañeros de celda de Roberto Bolaño." Argentina: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2012, ("N. pag"). *Academia*. Web. Fecha de acceso (12, AGTO, 2019).
- Rougemont, Dennis. *El amor y Occidente*. Barcelona: Kairós, 1979. Impreso.
- Schmuckler, Beatriz. *Familia y dominación patriarcal en el capitalismo*. En: *Sociedad, subordinación y feminismo: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*. Colombia: Ace, 1982. Impreso.

- Suárez Rojas, Tina. *La representación de la mujer emancipada en la novela 2066 de Roberto Bolaño*. Estocolmo: Universidad de Estocolmo, 2000. Impreso.
- Sternberg, Robert. *El triángulo del amor*. Barcelona: Paidós, 1989. Impreso.
- Tornos Urainki, M. *Deseo y transgresión: el erotismo de George Bataille*. España: Universidad de Barcelona, 2010. Impreso.
- Vásquez Mejías, Ainhoa. "La política es cosa de hombres. Femicidio en contextos político-ideológicos. Estrella distante de Roberto Bolaño y Jamás el fuego nunca de Diamela Eltit." *Argumentos* 79 (2015): "n. pág." *Redalyc*. Web. Fecha de acceso (25, EN, 2019).